

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

UN PROCESO UNIVERSAL, largo de cuatro siglos y que importa cambios de índole social, económica, cultural y política, puede bien cubrirse con el rótulo general de occidentalización. Algunas naciones lo presiden: Francia, Inglaterra y, en nuestro tiempo, los Estados Unidos, se convertirán en sus más cabales protagonistas. Centrado en los poderes creadores del individuo; en el individualismo (con su doble cara de egoísmo codicioso y de fe en las posibilidades humanas), la occidentalización implica sustancialmente ciertas conquistas: la industrialización (y el dominio de la naturaleza); las garantías políticas de la democracia y los valores que la informan (la libertad y la justicia, sobre todo —y en su polaridad posible). Este proceso de cuatro siglos se levanta y madura sobre una cultura previa y materna de la que posteriormente se desvincula: la Cultura Europea. Esa cultura, que caracterizan el aporte clásico y el cristianismo será absorbida por una occidentalización cuyo sinónimo más justo se llama Modernidad y cuya actitud ante el pasado clásico-cristiano europeo es una despectiva conciencia de superación.

Considerándose la occidentalización actora (y autora) única de la historia, el mundo se le apareció como una pista vacía en que ejercerse la energía de los mejor dotados y las culturas de otros pueblos y continentes fueron, en su radical solipsismo, poca cosa más que residuos (o resabios) que su propia imposición, inexorablemente, liquidaría. Esa voluntad de presa que a Occidente mueve se sentirá inserta (podría fijarse el punto de partida en ciertas líneas del Romanticismo) en la voluntad misma de la Historia y sus actos, y sus conquistas, serán el instrumento de un Espíritu Objetivo, o de una Idea, que ya se llame Progreso, o Razón, o Libertad, o Democracia, enhebra en una coherencia y en un fin ineluctable el afán de los hombres. El liberalismo filosofía de la expansión aplica a razas y a comunidades nacionales el aval jerárquico que brinda el darwinismo: la supervivencia de los más fuertes, los dogmas de la desigualdad biológica. Hay entre los hombres aptos e ineptos; también habrá pueblos destinados al triunfo y pueblos condenados al fracaso y a la dependencia que el fracaso importa.

Correlativamente, las otras culturas del mundo comenzarán a cobrar, en el curso de tres siglos, una conciencia muy dolorosa y muy intensa de su marginalidad respecto a ese proceso. Los pueblos asiáticos y africanos recién hoy, pero antes y desde el siglo XVIII. España; Iberoamérica y Rusia, desde el XIX y, lo más paradójico, Europa misma desde fines de la II Guerra Mundial, serán movidas por esa conciencia y los afanes, las apetencias que ella suscita. Es la lucha por la propia occidentalización, es el deseo de participar, con las potencias victoriosas, en el proceso creador de la civilización. Tales urgencias se acompañan con la aguda sensación de estar fuera de la historia, desterradas del paraíso del hoy, por las culpas del pasado. A algunos marginales, y es el caso de Iberoamérica, se les concederá cuando más un mañana, pero ese mañana, vacío e inaccesible, dependerá de que brazos occidentales cumplan, sin asociaciones caritativas, las tareas del presente.

Pero aquí ocurre la gran paradoja y es que Occidente, y los bienes que el hombre de Occidente reclama para sí, no quieren ser universalizados. El sentido de la dignidad del hombre y el dominio de la naturaleza por la técnica que libertaron las sociedades occidentales de la esclavitud y la miseria, Occidente se negará a participarlos con los demás pueblos del mundo. Hacerlo, parece pensar, sería autolimitar sus propios derechos, retacear sus beneficios copiosos. Y, para evitarlo, en cada una de las comunidades no-occidentales que occidentaliza en su propio beneficio, no vacilará en aliarse con las fuerzas más definitivamente anti-modernas: feudalismos, castas, iglesias o tira-



Leopoldo Zea, nuevo filósofo de la historia

nos. Se sirve así de las entidades más adversas a su propio principio. Estados Unidos, por ejemplo, inserta su voluntad moderna de poderío en el espíritu puritano de predestinación y éste, que desprecia teológicamente a los pueblos que considera inferiores, ve en las formas evolucionadas de la democracia política un bien que solo aplica (negándolo a las demás), a su propia comunidad, superior y predestinada.

De cualquier manera, Occidente, por su sola presencia, ha enseñado a pedir (lo que no encaja muy bien con que haya sido el único beneficiario de todo el proceso, p. 74) y la segunda postguerra mundial universaliza, definitivamente, una pugna que tuvo hasta entonces un ritmo quebrado, episódico, alternativo.

II

Este es, en una angustiosa comprensión, el discurso central del último libro de Leopoldo Zea: *América en la historia* (Fondo de Cultura Económica, México, 1957). Resultaría posible inferir a través de él que, en la obra del creador de *La historia de las ideas en América* el volumen presente significa la tentativa más ambiciosa en que hasta ahora se haya empeñado. Tan ambiciosa, agreguemos, que más parece tarea de coronación y despedida que no conclusión provisoria de un pensador que no ha llegado aun a la cincuenta y cuya plenitud creadora es evidente. Porque si, entre sus libros más conocidos, *El positivismo en México* es un estudio pormenorizado de historia intelectual, sus *Dos etapas...* una brillante generalización de alcance iberoamericano y *América como conciencia* una reflexión menos orgánica que obsesiva sobre la misma sustancia de nuestra posición en el mundo, *América en la historia* marca la integración de toda la labor previa en una síntesis que está tendiendo, visiblemente, al máximo rigor y a la coherencia más estricta.

Aceptándose como indudable esta conciencia de marginalidad de Iberoamérica y la paralela operancia mundial de este estado de espíritu, parecería que el gran valor primario del nuevo libro de Zea fuese el de ser el primer ensayo de filosofía de la historia que nuestra marginalidad americana produce y el primero que sitúa nuestro común destino histórico en términos universales. No se sabe que exista una empresa española similar (ya que la condición de España es para Zea semejante) pues los esotéricos planteos de Juan Larrea no podrían parecersele. Sólo tal vez desde el ángulo ortodoxo eslavico (o "la vieja Rusia") los obras de Danilewsky y Berdiaeff pudieran equivarle. Pero en Danilewsky y Berdiaeff, (que sin duda han influido sobre Zea) la ajenidad a lo occidental actúa como elemento atípico y este elemento atípico, sin quitarle valor, les despoja (por lo menos) de su carácter representativo de la línea histórica que vivimos.

Por el contrario, el planteo de Zea, sin dejar de tener muy en cuenta y con elementos más ricos la perspectiva iberoamericana, puede ser ampliamente válido para el occidentalizador africano o asiático, puesto que expresan estados de espíritu ecuménicos su doble vivencia central de la marginalidad respecto a Occidente y de la adhesión a sus bienes. Y al elaborarse, por otra parte, sobre un conflicto mucho más extendido y auténtico que, pongamos por ejemplo, el conflicto entre libertad y despotismo elaborado por las agencias creadoras de la opinión pública occidental, no es difícil que el libro de Zea ejerza sobre muchos una influencia intelectual verdaderamente liberadora. Y tampoco es difícil que alguno de sus capítulos: aquellos, por caso, en que estudia el desarrollo de la marginalidad de Iberoamérica, de España o de Rusia; aquel en que rastrea la dialéctica de la predestinación puritana en los Estados Unidos, queden incorporados, a la par de un Lovejoy o un Hazard, a los mejores estudios modernos de historia intelectual.

III

Toda la novedad y el frecuente acierto de *América en la historia* no escamotea, sin embargo, las debilidades que como ensayo de filosofía de la historia puede adolecer. Y agréguese que no sólo de filosofía de la historia en cuanto tal, sino también como filosofía de la historia de las ideas. Una filosofía de la historia de las ideas erigidas, imperialista e inevitablemente, en filosofía de la historia a secas.

Si de la primera emerge el penoso esquematismo de ciertos desarrollos, su elusión de la particularidad, su abusiva simplificación de la multiplicidad de la historia y el adelgazamiento de su espesor, otros peligros nacen también de la especial modalidad que la filosofía de la historia en él adopta. Parecen destacables, sobre todo, el manejo reiterado de nociones ambiguas, elevadas a la univocidad gracias a la eliminación de su variado condicionamiento en el mundo real; el uso de simples rótulos, eficaces en cuanto tales, a los que se hipostata, en una actitud extrema de realismo lógico, con todos los atributos de la vitalidad y la deliberación.

Antes de pasar a otra cosa, sin embargo resulta inevitable concretar en ejemplos esos peligros que se han categorizado como inherentes a toda generalización (filosófica) histórica.

Si legítimo es el término de Occidente para englobar la expansión europea y norteamericana sobre el mundo, resulta claro, sin embargo, que apenas se penetra en el ejercicio concreto de esa expansión nos encontramos con un doble hecho. Y éste es el de que, por una parte, Occidente estaba (y está) integrado por naciones, en constante tensión y competencia y, por otra, el de que estas naciones, estructuradas para la expansión de acuerdo a patrones modernos también integran, a veces en dosis muy crecidas, elementos que no lo son: religión, aristocracias tradicionales incorporadas a la dirección moderna, vida corporativa, reflejos no-económicos, estructuras agrarias no capitalistas (hasta casi nuestro tiempo). Porque la burguesía y la industrialización dan el tono (económico) dominante pero no excluyen a las clases tradicionales del acceso a la dirección efectiva y sobre todo al tono y a la ejemplaridad sociales. Francia e Inglaterra, para poner los casos más notorios, lo prueban abrumadoramente, y cualquier texto de Balzac, de Proust, de Jane Austen, de Galsworthy es en esto mejor argumento que todo un razonamiento minucioso.

Zea no tiene en cuenta los dos hechos y esto decide que para él, por ejemplo, Napoleón aplaste al liberalismo en España, en 1808, porque, de acuerdo a su esquema, Francia, titular de la occidentalización, no podía tolerar que España, occidentalizándose, restara beneficios a la occidentalización egoísta que Francia ejercía (p. 145 y

sig.). Pero, para empezar, el ejemplo es erróneo. Justamente Napoleón se apoyó sobre el sector de los liberales españoles (los afrancesados lo eran en su casi totalidad) que apuesta por la modernización y por la ya madura conciencia europea contra la fidelidad a una dinastía, también francesa de origen y también nueva. Y si Napoleón no cuenta con el otro sector liberal es que a ese otro (el que se alía con los tradicionalistas en la resistencia nacional y más tarde es víctima de Fernando VII) le mueve más el impulso de libertad e integridad nacional españolas que la occidentalización compulsiva del país. Porque las naciones existen y tomados entre las dos pinzas del imperialismo industrial y marítimo inglés y el continental y militar de Francia, embellecido (ya) por la idea europea, la opción, tan trágica para todos, se abría justamente en cual de los dos era el mejor camino de la modernidad que contase con el hecho nación.

Igualmente explica Zea la guerra civil-internacional de 1936 por la negativa de Europa a dejar occidentalizar a España. Pero, enfeudado a su esquematismo, no ve de nuevo Zea que España es tomada por segunda vez entre esas otras dos pinzas de Occidente que son el totalitarismo fascista y el marxismo, y aquí, esta vez son los elementos no-modernos: el popular, el castrense, el clerical; los estamentos: Pueblo, Iglesia, Ejército, los que optan, menos conflictualmente (pero no sin cuantiosas disidencias), por los dos lados de la barricada.

Otros casos de este esquematismo mutilador lo constituyen, más en grande, el planteo de ciertos dilemas iberoamericanos. Para Zea, decíamos, la occidentalización en Iberoamérica la cumplen las naciones (imperialistas) en su propio y exclusivo beneficio (p. 34-36) y ocurre que cuando los iberoamericanos se esfuerzan en occidentalizar se asimilando el espíritu, (ya que no los frutos) que había promovido el éxito de Occidente, éste (sus naciones: Francia, Inglaterra, Estados Unidos más tarde), se aliará con las fuerzas anti-modernas (o preoccidentales): castas, iglesias, tiranuelos, fuerzas retroactivas (p. 36-37, 79-80, 261-263) para aplastar toda primicia, toda tentativa de occidentalización en propio beneficio de los iberoamericanos.

Zea no desciende de esta generalidad y su actitud es explicable. Porque empieza por partir, antihistóricamente, de una antítesis demasiado radical sobre los beneficiarios de la occidentalización, tal como, por lo menos, la cuestión se planteaba a lo largo del siglo XIX y principios del XX. Porque, si (por caso) en la Indonesia de hoy, en China, se piensa (y se sabe) que la occidentalización se cumple contra los intereses del colonialismo europeo en el siglo XIX, por el contrario, dentro de los cánones del liberalismo económico (libre circulación de hombres, capitales y mercancías) este proceso de modernización o de occidentalización (importa poco como le llamemos) era visto de muy distinto modo. Todavía la industria pesada no había traído su manzana de discordia y tanto del costado europeo como del costado americano se veía en los nuevos fenómenos técnico-sociales uno de esos negocios que aseguran, mediante un especie de *affectio societatis*, una participación equitativa y universal de beneficios. ¿Qué otro pensamiento hay en un Sarmiento o en el Alberdi primero? Los pocos que preveían las consecuencias que la occidentalización importaba: destrucción de las comunidades nacionales y del elemento popular autóctono, pensemos en José Hernández, no eran liberales o no lo eran primordialmente; sus opiniones, sobre todo sus opiniones, no pesaron en el plano de las creencias dominantes de la época. Zea busca la solución, distinguiendo entre los que querían arraigar los frutos (y estos serían los entregadores) en su propio beneficio

EL IMPERIALISMO

(Viene de la pág. anterior)
y en el de sus mandantes extranjeros y los que querían aclimatar el espíritu occidentalizador en común y exclusiva ganancia iberoamericana. Pero esta distinción: frutos, espíritu era tan fácil y es hoy, siquiera, tan fácil? Sarmiento, por ejemplo, y sus recetas: instrucción primaria e industrial, pedagogía norteamericana, vías de comunicación, inmigración, trabajo y capital extranjero, exterminio de lo gauchesco, estuvo injertando espíritu, o frutos, resultados? ¿Quería conquistar unos u otros con espíritu antieuropeo (el antiyanki puede descartarse sin más) u operaba en él la creencia básica de la participación natural en el proceso de todos los protagonistas civilizados? ¿Y es legítimo, además, encontrar (o creer hacerlo) el neuma, el hábito, el espíritu de una civilización y convertir todo el resto en frutos, en instituciones, en corolarios, en superestructuras? ¿Es legítimo descartar, liminarmente que aun los descartados entregadores no pudieran prever, más allá de su inmediato provecho (y dentro de los cánones del optimismo liberal) una lontananza, una mediatez, en la que todos serían los beneficiados?

Lo que en verdad solió ocurrir en Iberoamérica es que los que hablaban de originalidad hablaran de originalidad ante España y no tuviesen empacho en imitar a las naciones directoras, lo que explica, además, que aparte esa hipotética occidentalización de espíritu ahogada en su cuna, la occidentalización de frutos en beneficio de las oligarquías dominadoras y los imperialismos haya sido, en su positivismo, su racismo, sus esquemas constitucionales franco-americanos, esencialmente mimética. El evidente éxito, por lo menos temporal, de sus empresas lleva a pensar, empero, si estos hombres no sabían más sobre técnicas del cambio histórico de lo que Zea piensa ya que santificando sus fines, hubieron que una transformación de instituciones, de resultados, es más segura prenda de variación que el triunfo de un espíritu previo, indefinido, inflexible.

Queda sin embargo, en pie, que Occidente navegó con sus velas hinchadas por una ideología que hacía de sus conquistas la voluntad misma de la historia. ¿Es cierto, en cambio, que las naciones occidentalizadoras se apoyaron en América en castas, Iglesias, tiranuelos y minorías castrenses?

Negar las simplificaciones cayendo en otras semejantes es tarea relativamente inútil y más seguro resulta, sin duda, apelar a la siempre salvadora noción de la complejidad, el espesor y la contingencia (que no

irracionalidad) de la historia. Porque si hay casos que le dan la razón a Zea, ¿en quién se apoyaron las naciones occidentalizadoras en la Argentina? ¿En Rivadavia o en los caudillos federales? ¿En Rosas o en los emigrados? (1) Y en México mismo, patria de Zea, ¿en quién se apoyó la occidentalización yanqui? ¿En Alamán o en Lorenzo de Zavala? ¿en los clericales o en los yorkinos? Y el mejor ejemplo de la argumentación: la invasión francesa y la instauración de Maximiliano ¿no está viciado igual-

talizadoras) con aquellas fuerzas que podían brindárselos? Y si se agrega que esos dirigentes occidentalizadores europeos que se negaban a la universalización de sus propios beneficios y que no siempre eran burgueses (como no lo eran la mayor parte de los ingleses) podían sentir por obra de la europeización cultural ciertas solidaridades de clase con grupos americanos, el contubernio pierde todavía un poco más de su rareza. En el vasto repertorio de iglesias y feudalismos (79), caciques, tiranuelos y oli-



mente por su salto de las estructuras nacionales? Porque hacia 1860, la creciente tensión europeo-estadounidense pudo legítimamente abrir la soyuntura histórica de crear un fuerte antemural latino frente a la expansiva nación que acababa de despojar a México (1848) de la mitad de su territorio. (Esto, al margen del evidente utopismo de querer plantar un Emperador en Iberoamérica).

Pero lo evidente es que, por estar tomado en las mallas de la paradoja que el mismo ha educado (los occidentales modernos se alían con los anticentales premodernos), necesita alegar esa alianza de las fuerzas tradicionales con el imperialismo. Porque, si la occidentalización en América exigía estabilidad y orden efectivo, p. 82 (y esto lo sabe hasta Mao Tse Tung) ¿qué presenta de extraño una alianza de las naciones imperialistas (occiden-

garquías no siempre horros de espíritu modernizador, no es sorprendente que los invasores europeizantes hallaran afinidades para un programa común de occidentalización por etapas, de jerarquización de clases, de orden material, de desarrollo económico, de paz, de libertad de inversiones... Ninguno de los puntos de ese programa estaba reñido con el liberalismo y la occidentalización entendidas como Occidente las entendía. Agréguese la hostilidad al utopismo, tan común al occidente capitalista (o marxista) como al espíritu tradicional y se verá que el único motor de la paradoja central de Zea es ese presunto espíritu individualista liberal de generosidad incondicional, entelequia histórica que otras manos, ya menos liberales estaban manejando.

Porque esa generosidad, como todas las nociones sociales era limitativa. Y tan limitativa para los pueblos no occidentales como para amplios sectores no dirigentes de los propios pueblos occidentales. (2) Con lo que de este largo equívoco quedaría sólo una cosa en claro y es el carácter mixto: una parte teórica, potencial y una práctica y actual que todas las promesas que los hombres, en cada época han escuchado, asumen. Y la explicación del hecho de que como siempre la época siguiente se encarga de actualizar esa primera parte teórica, potencial, la historia adquiere así el aspecto premonitório, bello y terrible, de una reacción en cadena.

Con esto, los peligros que

El próximo 18 de agosto, la Editorial Losada cumple 20 años de existencia. Parece muy lógico que haya decidido celebrar el aniversario con nuevas ediciones, pero es además particularmente interesante que se haya puesto a la búsqueda de novelistas mediante la realización de un concurso de estimulantes bases (25.000 pesos argentinos de premio, 10% de derechos de autor sin pérdida de la propiedad de la obra, probables traducciones a varios idiomas, etc.).

El plazo de entrega (hasta el 31 de Marzo de 1958) fijado inicialmente, era de una agresiva

brevedad, pero llovieron las quejas, y ahora es probable que la Editorial lo extienda por lo menos hasta el 31 de julio de 1958.

No es demasiado, pero tampoco puede ser más, porque el aniversario es en Agosto. Y si bien es difícil que alguien pueda planear, escribir y revisar una novela de 60.000 palabras en poco más de cuatro meses, en cambio la oportunidad es especialmente apropiada para quien tenga una novela concluida o en avanzado trámite de redacción.

A continuación transcribimos las Bases:

La Editorial Losada S. A. convoca a un concurso de novela con un premio único de 25.000 pesos moneda nacional. Las obras presentadas deberán ajustarse a las condiciones siguientes:

Artículo 1º — El autor deberá ser un escritor de lengua castellana, sin exclusión de nacionalidad ni residencia.

Artículo 2º — Los originales serán novelas inéditas de no menos de 60.000 palabras, estarán escritos en castellano y serán presentados en tres ejemplares antes del 31 de julio de 1958, fecha en que su admisión será cerrada de manera absoluta.

Artículo 3º — Los originales estarán firmados con un seudónimo e irán acompañados de un sobre lacrado en cuyo exterior constará el seudónimo y en el interior el nombre del autor correspondiente.

Artículo 4º — El resultado del concurso será dado a conocer dentro del mes de agosto de 1958. En la misma fecha se harán públicos la fecha de entrega del premio y los nombres de los escritores componentes del jurado.

Artículo 5º — El autor de la obra premiada, percibirá además de los 25.000 pesos moneda nacional del premio, el 10% de los derechos de autor correspondientes a una tirada de 10.000 ejemplares, que se hará de la obra premiada. La obra seguirá siendo propiedad del autor.

Artículo 6º — La Editorial Losada S. A. gestionará las ediciones de reconocida competencia.

Artículo 7º — La Editorial Losada S. A. se reserva asimismo el derecho de editar, en las condiciones habituales y en el plazo de un año, otras obras presentadas al concurso.

Artículo 8º — El premio no podrá ser declarado desierto por ninguna razón.

Los originales deberán remitirse a: Editorial Losada S. A. Concurso de novela 1958, Alsina 1131, Buenos Aires. Los autores que no resulten premiados podrán retirar sus originales a partir del 1º de setiembre del año en curso.

entendemos acechan a cualquier filosofía histórica estarían despejados. Pero no sobran dos ejemplos más. La afirmación de que el imperialismo no busca la dominación cultural (p. 187), pero la prestigia, inevitablemente, marcaría también el excesivo divorcio con que Zea contempla históricamente la actuación de los intereses y las ideas. La de que el capitalismo se salva por el colonialismo, fundamental en los pensadores marxistas es pieza central de la argumentación de Zea que acepta las tesis (un poco anacrónicas) del subconsumo. Pero extendida la explicación a los Estados Unidos, el razonamiento se hace débil (p. 76, 77, 80) y en el mismo libro de Fritz Sternberg *Capitalismo o Socialismo* que tanto cita, podría haber encontrado Zea la negación, impecable, de esta explicación. Con su enorme y propio "hinterland" la expansión del capitalismo norteamericano es, hasta su madurez, interior y el imperialismo clásico yanqui sobre Iberoamérica fue esencialmente estratégico y militar y sólo económico en cuanto los intereses económicos inflexionan (globalmente) el móvil de seguridad exterior de un país.(3)

IV

Si estas simplificaciones impone la filosofía de la historia, una filosofía de la historia de las ideas está acechada por riesgos aún más graves. Una pura dialéctica de ideas tiende a prescindir de su propio y variado condicionamiento y así Zea lo hace. Prescindirá de la tremenda equivocación que en las ideas vigila y así Zea lo hace. Prescindirá, y también lo hace Zea, de la infectualidad que les impone lo real, de la inevitable sujeción con que las carga la vida social y por ahí el optimismo, (un optimismo cualquiera) es el vehemente desenlace de esta posibilidad de trazar pulcros cuadros con ellas.

Dos palabras con que trabaja el libro parecen portar todos estos peligros y ejemplarizar estas fallas. La palabra indivi-

dualismo y la palabra nacionalismo.

Ya ha sido varias veces señalada la contradicción que el autor apunta entre ese individualismo que es fe y ejercicio de las mejores posibilidades humanas y aquel que es negación de esa fe y de ese ejercicio para los demás en cuanto reduzca los beneficios materiales que ese individualismo asegura en su angosta aseveración, codiciosa y egoísta, del propio ser y su voluntad predatoria. Pero planteada la distinción ¿no es que maneja Zea bajo un mismo rótulo (p. 245, 250) las nociones muy distintas del personalismo, del humanismo y la del propio individualismo? ¿Tiene objeto acumular bajo lema común las políticas del individuo y la persona? ¿La afirmación temporal, diferenciadora y egoísta del yo y ese doble movimiento de interioridad y de apertura a lo real, de sustentividad y de generosidad que configuran la persona? ¿Y si de las raíces humanistas del individualismo pasamos al individualismo clásico, que es el que actúa en la occidentalización y el imperialismo ¿qué tiene de inusitado que tal suerte de individualismo convierta a los demás hombres en sustancia cosificada?

Todo valor histórico tiene límites y no es sorprendente que el individualismo y el liberalismo, en cuyo diagnóstico sigue Zea casi obsesivamente a Lasky, los encuentren tan pronto. Y si se idealizan el liberalismo y el individualismo prescindiendo nacimiento intachable y linaje angélico no es inesperado que las contradicciones por ejemplo, del imperialismo y del racismo, surjan tan seguidas, haciéndoles hacer la Bestia tan injustamente como antes los angelizaban.

Con este tipo de razonamiento podría tachar Zea de contradictorios e insinceros los movimientos de unidad, comarcal, nacional, continental o mundial, porque no buscan esa unidad, respectivamente, con la nación, el continente, la Tierra o el

(Pasa a la pág. siguiente)

Para el Año Escolar 1958

SUREÑA OFRECE:

- Textos de Uso en la Enseñanza
- Ventas por Mayor y Menor
- Envíos Contra Reembolso

CONSULTENOS SIN COMPROMISO

S. A. PRODUCTORA ARTISTICA SUREÑA

PALACIO SALVO — Subsuec

Teléfono: 9 65 27

Filosofía de la Historia... LOS OJOS DE LA TIJERA

(Viene de la pág. anterior)
 sistema planetario. Con el nacionalismo engloba bajo el mismo nombre dándoles la condición de antitéticos y a la vez comunes (ya que los dos nacionalismos y los dos son opuestos) dos tipos de acción nacionalista que en puridad son distintas pero, además, son independientes. Uno es el nacionalismo como reacción defensiva de un todo ante fuerzas internacionales (el africano, el asiático, el sudamericano). Al compás de contingencias históricas se cumple sobre el plano más estricto de la nación o se libra sobre ámbitos más amplios. El otro nacionalismo es el que pretende, así Zea lo caracteriza, erigir la parte en todo, en el patrón de los nacionalismos clásicos europeos. Aunque la distinción no es inútil y vale polémicamente contra nuestros entregadores sudamericanos, todos tremendamente antinacionalistas, la distinción, intelectualmente, sólo es impuesta por la identificación forzada de antitéticos, prescindiendo del condicionamiento histórico-cultural que decide que un nacionalismo sea agresivo y solipsista y el otro defensivo y solidario.

Ejemplo similar de esta manera de razonar por forzadas antinomias es el que caracteriza a la avaricia como intolerancia material, opuesta (doblemente) a la tolerancia cultural (págs. 186-187).

Desde esta ambigüedad con que se arman conceptos básicos al amplio uso de las analogías no hay más que un paso. Las simetrías, las ocultas correlaciones, las filiaciones, son una de las delicias de la historia de las ideas pero pueden, entre otras cosas, conducir a vaciar de contenidos esas mismas ideas y a no dejar de ellas más que, a modo de cáscara, la función que cumplen en un todo o el lugar que ocupan en una estructura. En la vía de este funcionalismo, Zea, decíamos, hace nacer en el Romanticismo la presencia de un Absoluto, de una Voluntad histórica incondicionada con la que los pueblos dominadores se identifican. (Aunque de paso, señalemos, también opera en el Romanticismo, y en forma vivísima, el respeto a toda diferencia y el culto a toda particularidad). Este Absoluto: Dios, Idea, Espíritu objetivo, Civilización, Progreso, Libertad actúa de igual manera, cualquiera sea su faz o su nombre. Pero apúntese: cualquiera sea su nombre dentro de un mismo

contexto histórico y hasta geográfico: los pueblos noreuropeos modernos y esa concepción, tan trabada y especial de ellos, de Dios, del Espíritu, el Progreso y la Libertad. Más allá de ese contexto no es nada seguro, por ejemplo, que los libertadores de América (p. 253) actuasen movidos por fuerzas trascendentales que solo nominalmente se diferencian de las divinas. Y si esto pudiera tener defensa en cuantiosos casos (y objeción en otros tantos) ¿qué verdad queda de decir que también la misma voluntad movía al Príncipe Cristiano, arquetipo hispano-medieval y felpense—y a las oligarquías iberoamericanas modernizadoras a las que Zea, acotando a Cossio Villegas, reivindica?

Parece inevitable que todas estas tendencias lleven al libro a filiarse en términos muy claros de ideologismo histórico. Un ejemplo lo ofrecen las frecuentes disyuntivas en que los hombres aparecen optando por intereses o por ideas (por caso, en la página 111) y aunque esta opción es real y se ha dado múltiples veces en cada una de las vidas humanas, tampoco debiera prescindir de la frecuencia con que las ideas se visten de intereses y, sobre todo, éstos de aquellas. El autor piensa con Hegel que el Espíritu se sirve de las pasiones de los hombres para realizar sus fines (p. 241) y tal creencia funciona mejor que un repertorio corneliano de conflictos entre el deber y el amor. Si Zea no opta deliberadamente por una u otra postura (él dirá con razón que no está obligado a ello), sosteniendo, por ejemplo, que los conquistadores vinieron a América por la sed de oro pero (también) para universalizar el Evangelio, un optimismo, que de Hegel arranca, opera visiblemente en él.

El filósofo mexicano afirma que los valores humanos pasan de una civilización a otra y sólo cae su apariencia y caduca su cáscara (p. 122) en lo que, de acuerdo a una buena parte del pensamiento iberoamericano (el "Ariel" es uno de los casos más notorios) sus soluciones se filian en un armónico estimulante y convencido.

Lo decide así, en primer término, su hallarse a medio camino entre el hecho central del siglo: la universalización de Occidente, enérgicamente subrayada y el otro igualmente visible de la crisis de la cultura

*** Los Fríos** Su expresión se había vuelto muy tierna, la ternura del hombre incapaz de administración, incapaz de comprender que si se deja en libertad al pobre criminal, el pobre criminal volverá a robar a la pobre viuda. Era tierno con todo el mundo, exceptuando algunas familias enemigas que no consideraba humanas; de esas sí anhelaba vengarse. Hasta era tierno con los ingleses; sabía en el fondo del corazón que no les quedaba más remedio que ser tan fríos y tan raros y circular por su país como una corriente de hielo.

E. M. FORSTER: A Passage to India (del paso a la India).

*** Maniático** Me he propuesto presentar al Parlamento una moción para privar de los derechos de autor al escritor que publica un libro sin un índice de materias.

HENRY CAMPBELL: Lives of the Chief Justices, III, Prefacio.

*** Aproximadamente** Como se horroriza un carbonero, mayormente si al mismo tiempo es el papero de la casa, de encontrar en la cocina de ésta una balanza flamante, después de haber durante años estrujado los quilos de papas y carbones que metía semanalmente allí como marchante de toda confianza; así, aproximadamente así, quedé sumido en desolación al descubrir tu ingratitud y olvido.

MACEDONIO FERNANDEZ: Unica elegía del Bobo de Buenos Aires, incluida en Pa-papeles de Reciénvenido y Continuación de la Nada.

de Occidente a la que le dispensa mucho menor atención (están ausentes, vgr., los conflictos entre el individuo y la masificación). Su aceptación de las premisas occidentales y su intuición, sin embargo, de un más allá de lo moderno se neutraliza en un optimismo que concluye que existe para lo occidental ampliación pero no decadencia (p. 107) y cree que la presunta amenaza mundial de Estados Unidos y la Unión Soviética no afecta a Occidente pues frenéticamente occidentales son las dos potencias, aunque una actúe a nombre de la justicia y la otra a nombre de la libertad (p. 98, 106).

Si la antítesis no deja de ser más vistosa que real (y prescinde de sí las amenazas más efectivas de una cultura son las internas o las externas) tiene la virtud de recordar una segura objeción que el planteo de Zea ganará.

El comunismo es sometido en el libro a un elusivo tratamiento aunque el comunismo sea actor decisivo, en escala, mundial, en la lucha entre la marginalidad y la occidentalización. En el capítulo en que se estudia el drama de Rusia como nación marginal, señalase como dentro del proceso histórico eslavo una línea occidentalizadora busca llevar a una Rusia modernizada a la condición de potencia universal decisiva mientras que otra, de inspiración cristiana, aflorando (nada menos) que en Tolstoy y en Dostoyevsky (cap. V) ve en Occidente las luces mágicas de un individualismo atomístico que es la antropología del capitalismo, del sentido insolidario de la vida social, del materialismo, de la envidia, de la avaricia, del abandono del hombre (p. 128-129). Si Zea, por una parte, ve la posterior acción histórica de la Unión Soviética bajo un estricto cariz occidentalizador, tampoco deja implícitamente de señalar que en esa exitosa alianza del ímpetu revolucionario ruso con el practicismo norteamericano (Stalin), (p. 137) y en esa compulsiva occidentalización contra los intereses de Occidente, las viejas invariantes éticas del repudio al Oeste operan viva y hondamente (p. 127). Zea registra un texto de Guido Piovene (p. 161-162) en el que el novelista italiano anota la atracción que para el humanista y el cristiano,

*** Hoy y Nueva York** Nueva York ante todo, el momento presente. Es el momento presente sin más relación con el porvenir que con el pasado. El momento presente íntegro, puro, total, aislado, desconectado. Al llegar aquí, la primera sensación, no es la de haber dejado atrás otros países, sino otras épocas, épocas probablemente muy superiores a ésta, pero en todas las cuales nuestra vida constituía una ficción porque ninguna de ellas era realmente nuestra época. Nuestra época sólo Nueva York ha acertado a encarnarla, y probablemente ésta es la verdadera causa de que la gran ciudad nos atraiga y nos rechace a la vez de un modo tan poderoso. Nos atrae porque uno no puede vivir al margen del tiempo, y nos rechaza por la estupidez enorme del tiempo en que le ha tocado vivir a una.

JULIO CAMBA: La ciudad atómica.

*** Echando Chispas** En sus frases concisas, concisas, descriptivas, hay luces de prisma de cristal, cuyo colorido cambia según como lo enfoque el sol. Chispazos sutiles como éste: "Tren de Madrid atravesado en una hora" (En entrelíneas se lee: "En todas partes se cuecen habas!...") "La prensa europea, nada informa sobre América" (¿Es que seguimos siendo las Tierras de Indias?...) "En los tranvías, señoritas como guardas".

LOLA TAPIA DE LESQUERRE: Carta prólogo al libro "Por Nuevos Senderos", de Arnaldo Pedro Parrabere.

NUEVOS LIBROS

*** AQUILES MILANS. — LOS SONETOS CAMPESINOS.** — Edición del autor, 1958, Montevideo, 56 págs.

Cincuenta sonetos intentan seguir un tranco a lo Julio Herrera y Reissig y que el autor califica de "Eglogámimas del Río de la Plata" y que publica bajo el acápito tridimensional de Martín Fierro, León Bloy y Alberto Buzconá.

*** CARLOS DANTE DE MORAES. — ASPECTOS PSICOLÓGICOS DO ROMANTISMO.** — Instituto Estadual do Livro, Divisão de Cultura, Secretaria de Educação e Cultura, Porto Alegre, 1957, 37 págs.

Un estudio sobre el romanticismo del crítico y ensayista riograndense, autor de "Realidade e Ficção".

*** CECILIO PENA. — EL HOMBRE ENTREDORMIDO.** — Edición del autor, Montevideo, 1957, 15 págs.

Un poema, con ilustración de Celeste Trías. Será comentado próximamente en esta sección.

*** LUIS BAZAL. — VASO DE LA GRIetas.** — Edición del autor, Toulouse, 1957, 175 págs.

Poemas de guerra, del exilio y de la muerte, que el poeta ofrece "bañados en sangre", "a los que van por el mundo errantes, sin amor y sin patria".

*** JUAN JOSE SEBRELLI. — HISTORIA ARGENTINA Y CONCIENCIA DE CLASE.** — Edición del Centro de Derecho y Ciencias Sociales y Editorial Perrot, Buenos Aires, 1957, 45 págs.

De este autor se dice en la solapa: "La objetividad de sus escritos no le impiden que, como toda experiencia concreta, envuelvan también al sujeto y sean, (...) el relato de cómo la realidad argentina se ha revelado "en la conciencia de un muchacho porteño, perteneciente a la clase media, autodidacta y con una pretenciosa intención de lucidez, de sinceridad y de generosidad hacia el prójimo".

*** DOLORES FOUQUET. — LOS ESTADUROS DEL SUEÑO.** — Edición de la autora, Montevideo, 1957, 48 págs.

Juana de Ibarbourou califica en el prólogo a: "esta obra como un libro de mujer, de mujer honda y tremante; una mujer que se llama, como en un romance de España, Dolores Fouquet y que es una de los temperamentos poéticos más finos e hiperestéticos que conozco".

*** ENRIQUE WERNICKE. — LOS QUE SE VAN.** — Editorial Larturo, Buenos Aires, 1957, 142 págs.

28 relatos sobre temas tan actuales como "La Ley de Alquileres" y "Science-Fiction".

tiene la austeridad materialista soviética, en la que parece ver más significación cristiana que en el culto yanki de la felicidad o en el horror yanki del dolor. Al apuntar, en suma, la fertilidad de los contactos posibles entre el tradicionalismo cristiano y la occidentalización revolucionaria, Zea no

está planteando su prospecta. Pero no sería erróneo aventurar que en el diálogo entre una vida socializada (que es forma inexorable que la occidentalización asume en los países marginales) y una experiencia espiritual indefinida

(Pasa a la pág. siguiente)

Editorial KAPELUSZ,

presenta con ORGULLO



Historia del URUGUAY

por el profesor Alfredo Traversoni

Un profundo espíritu nacional alienta en las 320 páginas de este manual para escolares destinado a los cursos de quinto y sexto año e ingreso. Concebido conforme a un plan de conocimiento integral de la historia, su planteo didáctico representa para el magisterio un elemento único por su exactitud y claridad.

En venta en las principales librerías.

Editorial KAPELUSZ S. A. Uruguay
 Avda. Uruguay 1331 - Tel. 9 73 83
 Montevideo

Filosofía de la Historia e Imperialismo LA MUSICA DEL TIEMPO

(Viene de la pág. anterior)

múltiplemente condicionable se cifra, mejor que en un catálogo de valores, la solución a que el libro quiere (y dice) llegar.

Porque, armonista y optimista, Zea tiene una solución.

A cierta altura de la historia, el dilema aparece así dibujado: los pueblos marginales quieren occidentalizarse y Occidente, en su propio beneficio, se niega a esta occidentalización. Pero a los pueblos marginales, es un hecho, la fuerzan, pues aprovechan las coyunturas históricas que les brindan los conflictos entre los propios poderes occidentalizadores. Pero se encuentran entonces que su pasado es premoderno, no-occidental, y tienen que asumir una actitud, una política ante él. El mismo Occidente, que un día cae en la cuenta que no es una cultura exclusiva (p. 109) los empuja a ello.

Y aquí Zea halla el rastro en los pueblos hispánicos de un momento en que pudo salvarse esa pronunciada marginalidad de cuatro siglos, esa marginalidad vivida hasta hoy. Guiado por Bataillon, señala en el erasmismo del siglo XVI la posibilidad (frustrada) de integrar la tradición en los moldes modernos (o éstos en aquella) la vieja ortodoxia y la nueva ortodoxia, la autonomía de los dos mundos: el de la Razón y el de la Fe, cuya conmixión produce el ateísmo (p. 143). Fracasa la tentativa vendrá después la intolerancia contrarreformista a decidir definitivamente la marginalidad de España (p. 141-150). Pero el ideal de la Cristiandad que se vierte en Cisneros, los erasmistas, la philosophia christi, Vitoria y los primeros jesuitas (p. 238) cuya quiebra registra el siglo XVII, ese ideal que busca la conciliación de lo católico y lo moderno, que afirma la igualdad cristiana de hombres y de pueblos, que practica un imperialismo evangelizador de incorporación cultural, que lucha por la Unidad a la vez contra la Reforma y contra Roma, contra la intolerancia medioeval y contra el capitalismo, el individualismo y el nacionalismo nacientes; ese ideal, se prolonga en América en la acción de los evangelizadores y dos siglos después en la per-

sonalidad de los Libertadores (p. 263-275).

Los evangelizadores, los Li-fiamente diferenciada. De la bertadores (y los hombres de hoy) trabajaron con una realidad humana y cultural extramano aquí de Sergio Buarque de Holanda (y siguiendo, sin ser tal vez consciente de ello algunos planteos de Ramiro de Maeztu en su Defensa de la Hispanidad) Zea señala en nuestro mundo ibérico valores no-modernos ni occidentales que merecen ser salvados y que definen la originalidad iberoamericana frente a los Estados Unidos y su deshumanización técnica, su practicismo, su individualismo rapaz, su culto del dinero (capítulo VII). La peculiaridad ibera se configura por la doble capacidad de mando y de obediencia, por el doble sentido de la personalidad y la comunidad, por el de una acción que trasciende lo material, por el desprecio del dinero, por el sentido del ocio, por el gusto y la capacidad para la aprehensión de lo concreto.

La plenitud de los valores no-occidentales, cuya nueva encarnación posibilita en buena parte el mestizaje (p. 224-225) decide así para América su condición promisoriosa y difícil de occidentalizable y de extraoccidental (p. 190-191) y, sobre todo, su facultad de ser vínculo entre Europa y el resto del mundo. Esto, porque también Iberoamérica posee los mismos valores del mundo tradicional clásico-cristiano que hicieron a Europa y es consciente de ellos y no los ha repudiado. Y si Europa es más que Occidente (p. 160-173) y si ante el complejo de frustración que la americanización y la soviétización le provocan, vuelve sus ojos al pasado cristiano, esta participación europeo-americana en una misma raíz histórica decide que nuestro mundo marginal pueda cumplir mañana una función de puente entre Europa y el resto del mundo. Y esa función pontifical es la peculiar promesa histórica con que el futuro nos incita y nos desafía. (Como si no bastara la filiación cristiana de algunos de los pensadores que más lo inspiran: Toynbee y Marrou, por ejemplo, es aquí visible la nueva y creciente importancia que los valores reli-

giosos asumen en el planteo de Zea).

El sincretismo de valores que él propone a Iberoamérica, y que preside el gran símbolo de Bolívar, no es demasiado original, aunque la honda adhesión del pensador que los formula, y el largo recorrido en que han madurado les presten una conmovedora gravedad. Todo se cifra estrictamente en la actitud que ante la occidentalización quepa adoptar. Indonesia, la India, Africa, Iberoamérica se lanzan hoy tremantes sobre las promesas de libertad y de justicia, de salud y de ventura que la occidentalización les ofrece. Zea reitera: autonomía de los pueblos, convivencia pacífica, tolerancia, dominio de la naturaleza, respeto a la dignidad del individuo, conquista del confort material; industrialización y democracia —para ceñirlo todo en un lema— contra la desigualdad, la pobreza, el privilegio artificial, la dominación y la intolerancia. Acorde con los principios de la inteligencia occidental, soslaya optimísticamente la viabilidad histórica de esta síntesis y los insitos conflictos terribles, por ejemplo, entre la libertad y la industrialización, que pueden latir en ella.

Pero lo significativo es que tal apetencia, tal universal adhesión, si importa por un lado el triunfo incontrastable de lo moderno en su más ambicioso alcance plantea a las más despiertas minorías de cada continente el más allá (aceptemos que no existe un más acá) de la fatal insuficiencia que lo moderno asume ante un conjunto de valores que una experiencia inmemorial del hombre ha ido actualizando, ahondando sin pausa. Así los valores de la peculiaridad ibérica, así la fraternidad social, así el señorío del hombre sobre las cosas y sus signos, así la entrañada capacidad de comunicarse con las fuerzas y los ritmos del universo, así la experiencia estética y contemplativa como un don común para todos los seres, así la vivencia de una realidad suprema más allá de lo intelectual, de lo individual y de lo social.

En los pueblos marginales parecerían esperar ricos yacimientos de estos valores y el problema esencial de la occidentalización radica entonces en qué capacidad de resistencia o qué debilidad ofrezcan ellos a la impronta niveladora. Está la solución china, adoptando un dogma occidental muy rígido aunque intente la subsistencia y remozamiento de los elementos compaginables de su vieja cultura. Está la solución hindú que los defiende y occidentaliza, al mismo tiempo, los ámbitos técnicos y sociales sin que el desenlace parezca muy seguro. Está la presente realidad iberoamericana que es la occidentalización a medias y con pérdida del alma. Y está la excitante posibilidad histórica que plantean algunos textos de Vasconcelos, de Gilberto Freyre y, en puridad, del mismo Zea. Y es la posibilidad de un ejercicio tremendamente tenso de estos pueblos, de un ejercicio con que ellos al mismo tiempo fuercen el paso de la occidentalización (y la modernización) y en realidad las salteen, franqueando el paso hasta las aguas libres en que esa modernidad en crisis haya sido (a la vez) integrada y superada.

Carlos Real de Arúa

★ Uno de los libros de más éxito en estos últimos meses en Inglaterra —elogiado con igual entusiasmo por críticos, lectores y colegas del autor— es una novela, *At Lady Molly's*, con la que Anthony Powell continúa su ciclo narrativo titulado *La Música del Tiempo*. Hace más de siete años que Powell trabaja en este ciclo y ha publicado ya cuatro novelas: *A Question of Upbringing* (1951), *A Buyer's Market* (1952), *The Acceptance World* (1955) y la que pretexto esta nota. (*)

Con un enfoque que recuerda al de Marcel Proust en Francia y al de John Galsworthy en Inglaterra, Powell se ha propuesto reconstruir a través de la ficción un mundo ya desaparecido pero rescatabable por la memoria: la Inglaterra de esas dos tremendas décadas que corren entre ambas guerras. Es un mundo clausurado ya, un mundo que para los jóvenes que no lo vivieron puede parecer tal vez más remoto que el siglo de Luis XIV o la Atenas de Pericles, porque a pesar de la familiaridad de vestidos o edificios, de costumbres e ideales, el sentido de la vida era entonces radicalmente distinto. Los contemporáneos de la revolución rusa y de Hitler, de Mussolini y de la guerra civil española, no desfrataron esos acontecimientos con los ojos que hoy los vemos. De ahí la impresión de remota inocencia que produce ese mundo cuando es reconstruido con la habilidad y subterránea ironía con que lo hace ahora Anthony Powell.

El brillante novelista británico ha elegido seres comunes para efectuar su recreación. Ha soslayado la tentación de explicar las grandes causas y las terribles consecuencias de este momento político y social. Ha rehuído toda apariencia de crónica histórica a la manera de Jules Romains en *Les Hommes de bonne volonté* o de Roger Martin du Gard en *Eté 1914*. Se ha concentrado, en cambio, en la vida cotidiana de veinte o treinta personajes a través de unas dos décadas. Hitler (por ejemplo) es una alusión que salta mientras dos hombres conversan en un club. Pero lo que interesa a Powell no es Hitler sino esos dos hombres, cuyo tema central de conversación no es por cierto el canciller alemán.

Por eso Powell se concentra (como su gran modelo Froust) en la vida promiscua y caótica de la clase alta en Inglaterra entre 1919 y 1939. La última novela de la serie da precisamente la tónica del conjunto. En apariencia se trata sólo de una serie interminable de reuniones en casa de Lady Molly, o en casa de sus amigos, y en las que se discute con entusiasmo, apenas velado por la buena educación, los últimos escándalos sociales: la fuga de Mona con Erridge, abandonando a Quiggin (que tampoco era su marido, como se descubre luego); el compromiso de Widmerpool con Mrs. Haycock que se destruye por el descubrimiento prematuro de alguna deficiencia funcional en el novio y por la aparición simultánea de Jeavons, ex-amante de la alegre viuda y actual esposo de Lady Molly; el compromiso del narrador, Nicholas Jenkins, con una deliciosa muchacha.

Estos y otros chismes de alta sociedad son la sustancia aparente de la novela. Con elegancia, con humor muy sutil, con hábil despliegue de metáforas, Anthony Powell conduce a su lector a través del dedalo de amistades y adulterios, de calumnias y súbitas revelaciones, hasta hacerlo familiar con un mundo genso y ligeramente absurdo. Pero debajo de esa pulida (y trivial) superficie, Anthony Powell ha conseguido revelar algo más que el perfil de una clase ociosa. Ha logrado uno de los análisis más lúcidos del hombre y la mujer británicos que exista en la novela contemporánea.

Powell sabe que el inglés es un secreto, cuya verdadera intimidad es más celosamente custodiada por cada uno que los lingotes del Banco de Gran Bretaña. Y para revelarlo, para mostrar algo más que esos personajes absurdos en que se especializan por lo general Aldous Huxley y Evelyn Waugh, asedia con disimulo a sus criaturas. Empieza por describirlas en su vana superficie cómica, empieza por mostrar lo que el ojo casual ve. Luego, de a poco, va revelando lo que esconde esa protegida superficie.

Su novela se convierte en una caja de sorpresas. Al principio creemos que Widmerpool es un fatuo, sin interés humano. Al final (en un diálogo regocijante en que se satiriza a los indoctos lectores de Freud y Jung) se nos revela su importancia y, también, el patetismo de una persona que lucha por imponerse en medio de una sociedad hostil y cínica. Lo mismo pasa con Jeavons. Durante gran parte de la novela parece nadie, un tonto dominado por Lady Molly. Luego se descubre que ese tonto es más interesante, más cálido y humano, que el resto de sus compañeros de chismografía.

Uno se encuentra con todo el mundo en casa de Lady Molly, dice alguien a cierta altura de la novela. En efecto, uno se encuentra con todo el mundo y sobre todo se encuentra con que todo el mundo resulta más misterioso y complejo de lo que parecía antes de leer esta deliciosa novela.

E. R. M.

(*) ANTHONY POWELL: *AT LADY MOLLY'S*. London, William Heinemann, 1957.

reses europeos, sobre todo, mostraron preferencia por el "caudillo modernizador", y evolucionado, del tipo de Justo J. de Urquiza o el general Roca y que es por completo ajeno tanto al ideólogo civilista, que no tenía en sus manos las riendas del orden, como al caudillo cerial y anarquizador, o para usar la palabra, antimoderno. Creemos, naturalmente, que es fenómeno posterior y explicable por motivos diferentes al apoyo estadounidense a ciertas dictaduras iberoamericanas del XX (siempre que sean occidentalistas y partidarias de "la libertad de empresa", es claro).

(2) Un marxista objetaría de radical artificialidad la paradoja de Zea, destacando que ese Occidente egoísta de su planteo son las clases capitalistas de los países económicamente maduros de Occidente, dispuestas a compartir una parte (pequeña) de sus bene-

ficios con las clases poseedoras de los países marginales (sin importarle mucho si son "modernas" o "tradicionales"); una parte más pequeña con sus propios proletariados nacionales y una más pequeña todavía (hasta ser casi ínfima) con el "proletariado externo", que diría Toynbee, de esos mismos países marginales.

(3) Cabe naturalmente la objeción de que en ese "hinterland" se cumple durante medio siglo un proceso similar al del capitalismo inglés o francés en su proyección mundial, aunque las víctimas (los objetos) de él sean los raleados grupos indígenas del Oeste, la sociedad tradicional del Sur, vencida, pauperizada y humillada después de 1865 (incluso los propios libertados); los sectores (por último), de menor iniciativa de las inmensas muchedumbres inmigrantes que acuden a los Estados Unidos con posterioridad a 1842.

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA

FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

Llamado a Aspirantes para la Adjudicación de las Becas Artigas

De acuerdo con la reglamentación vigente, de fecha 30 de diciembre de 1957 llámase a aspirantes para la adjudicación de las Becas "Artigas", para el año 1958.

Los interesados deberán haber realizado íntegramente sus estudios superiores en una de las secciones de la Universidad de la República y terminado los mismos entre el 1º de enero y el 31 de diciembre de 1957.

Los aspirantes deberán indicar en sus solicitudes:

- Los títulos, méritos y antecedentes que correspondan al período en que cursaron sus estudios;
- La duración de la carrera, que no podrá exceder de la oficial en una suma de años igual a las dos terceras partes de ella;
- El programa de trabajo que se propongan desarrollar.

Las solicitudes se recibirán en la Secretaría de la Facultad hasta el día 22 del corriente a las 11 horas.

VICTOR H. CAROLI
Secretario

(*) La verdad parece más próxima a que, tanto en la Argentina como en otras partes, los inte-